

con acento

## Cuando nos apabulla el desconcierto

P. de P.

Cuando la belleza y la imaginación se baten en retirada, forzadas por los fantasmas pragmáticos y superficiales de la postmodernidad, resulta que un tipo llamado David Lynch se erige en perturbador cuentahistorias con su feroz llamada al completo desconcierto de sus espectadores. Bien lo ha dicho él mismo, que su cine no se comprende desde la lógica, antes bien desde otras instancias del espíritu humano como puedan ser la sensibilidad y la capacidad de sorpresa. Pero nosotros, tantas veces, seguimos anclados en prospectivas matemáticas a la hora de analizar, de juzgar y, por supuesto, de sentir esas historias desconcertantes de la sencilla *Una historia verdadera* hasta la presente *Mullholland Drive*.

Seguimos en la pretensión del proceso creativo grecolatino, con su principio, con su desarrollo y con su evidente conclusión, perfectos en su inmediata correspondencia con los datos lógicamente acumulados. Mientras tanto, desde Grecia y desde Roma, incluso desde el Renacimiento, la literatura ha conocido la revolución prousiana, el arte está definitivamente atravesado por Picasso y el mismo cine lleva años paseándose por Mariembad.

Y es que toda película encierra una misteriosa continuidad, pero no siempre clásica/clásica y sí tantas veces de una claridad nacida de la modernidad más pura, desde la que cualquier narración cinematográfica es capaz de alterar tal continuidad

narrativa sometiéndola al juego de los propios espejos interiores de todo realizador/ creador, pero ya antes, de los propios espejos del original guionista. Hacer cine es montar imágenes audiovisuales en plena libertad, siempre y cuando el responsable último de esa tarea excelente tenga tanta percepción de su finalidad última como sentido de la creatividad que todo lo conjuga tras el extraño viaje.

Bienvenidas sean las deslumbrantes historias del rompedor Lynch, capaz de dorarnos con nostalgia los buenos sentimientos de un hermano que recorre parte de la geografía para reencontrar al otro hermano en situación límite, pero no menos capaz de desgarrar nuestras conciencias sensibles y nuestras seguridades dogmáticas al invitarnos a descender hasta esos complejos lugares en que las pasiones humanas tocan fondo y se nos muestran en todo su desgarramiento. Con tipos como Lynch para nada sirve la moral al uso como tampoco censuras recortadas. Solamente sirve una respetuosa aproximación críticamente humanista, en que todos los ángeles y todos los demonios quepan. Y es precisamente en tal aproximación donde descubrimos sin tapujos la madurez intelectual y sensible del espíritu creyente de cualquier espectador, que todo lo contempla desde la bondad primigenia de la creación. ■